

## Observaciones sobre los Octodóntidos de Chile (\*)

POR

JOHN A. WOLFFSOHN, C. M. Z. S.

Dos de las sub-familias de este grupo están representadas en este país, la de los Octodóntidos y la de los Capromyinos, con cinco géneros la primera y con uno sólo, la segunda. Sobre todos ellos deseo dar a conocer algunas observaciones personales, dejando para otro trabajo la enumeración de las especies y su descripción que nos causarían, por lo monótonas, en una ocasión como la presente.

De los CTENOMYS de nuestras provincias centrales y de los límites con las provincias del Norte, solamente he visto las cuevas en la alta cordillera, sin haber tenido nunca la ocasión de cazar especie alguna, pero de la de la Tierra del Fuego, *C. fueginus*, *Philippi*, he obtenido ejemplares, he visto muchos cueros, de los cuales se hacen bonitas alfombras, comparables con las del topo europeo por lo fino del pelaje y con un color plumizo bastante atractivo y, finalmente, he tenido ocasión de ver este animalito, como muchos de los que habitan climas fríos, que es previsor, preparando para el invierno una buena provisión de pasto seco que no solamente tala y extiende delante de sus cuevas, en hileras perfectamente simétricas, sino que vigila hasta que esté bien seco, de manera que no se puede podrir dentro de las galerías de sus cuevas profundas y ramificadas. Los indios fueguinos comen estos roedores. No puedo, por mi parte, criticar a los indios, porque en una ocasión el Dr. France me envió algunos ejemplares de *C. fueginus*, salados dentro de sus cueros, y confieso que el olor a buen jamón no era de ningún modo repugnante para el gusto europeo.

---

(\*) Trabajo leído en sesión general de fecha 10 de Abril de la *Sociedad Chilena de Historia Natural*.--Un estudio sistemático sobre los Octodóntidos fué publicado por el mismo autor en el pte. tomo, págs. 97-101.--(NOTA DE LA REDACCIÓN).

El género *ACONAEMYS* figuraba hasta ahora entre los chilenos por haberse enviado hace muchos años—en los 1840—por Waterhouse, pero las indicaciones que hace sobre esto Mr. Thomas, del Museo Británico, justifican nuestras dudas de que sea habitante de nuestro país, porque todos los ejemplares fueron cazados en el «Valle de las Cuevas» del Volcán Peteroa, al otro lado de la Cordillera, y no se ha visto, ni se ha oído hablar, de la especie *A. fuscus* a nuestro lado. Felizmente el género está representado en Chile por una especie que, por mi indicación, fue dedicada a nuestro Presidente, el *A. Porteri*, que este amigo tuvo a bien traerme a fines de 1916, cuando recién lo recibió de Osorno.

En Estados Unidos se han hecho estudios muy interesantes sobre los servicios que hacen a la agricultura del *porvenir*, los rodeores cavernícolas, a que pertenecen los géneros *Ctenomys* y *Aconuemys* a que me he referido y, en mayor escala el que sigue:

*SPALACOPUS* con su única especie *S. cyaneus* que habita nuestras provincias centrales, el «cururo», universalmente conocido por los habitantes del campo, desde la orilla del mar en que habita los trechos de arena que recién se están transformando en tierra vegetal a pocos metros de la alta marea, hasta alturas, en la Cordillera, de no menos de 2,000 metros, adonde lo he visto asomarse, cuando esperaba ver algún ejemplar de *Ctenomys*. No sale este roedor a mucha distancia de sus cuevas, sino que se asoma, sentándose al borde de sus agujeros, cuya arena o tierra recién removida tiene el aspecto de las famosas «nieves penitentes», y, al volver a su habitación, deja una pequeña nube de arena o polvo con las patas posteriores con que limpia sus galerías.

Repetidas veces me han contado— y me lo confirmó Don José Luis Walker Martínez— que este roedor, cuando ha agotado las raíces que consume en sus galerías y de las que hace buena provisión, como ya lo sabía el abate Molina, emigra en masa, de noche, a parajes bastante distantes, a menudo varias cuadradas. Esto lo confirma indirectamente el hecho de que aparecen a menudo «cururevas» recién principiadas, en partes que antes no las tenían



y que, de repente, se ven abandonadas las cuevas en que se les había visto con frecuencia.

Las cuevas abandonadas son ocupadas a menudo por otro roedor muy carnívoro y agresivo que menciono de paso. Es el *Phyllotis Darwini*. Sus uñas débiles no le permitirían construir galerías. También hace uso de esta costumbre del *Spalacopus* el que le sigue en nuestra subfamilia, el *Octodon degus*, Molina. Todos los extranjeros que llegan a Chile, especialmente los norteamericanos y europeos del Norte, observan a éste, que es uno de los pocos roedores pequeños que tiene costumbres diurnas y cuyo pincelito en la punta de la cola llama mucho la atención. Vive en grandes colonias y emite un agudo chillido cuando ve al observador y, muy especialmente, cuando pasa algún zorro o ave de rapiña. Con frecuencia he podido seguir el camino que tomaba un zorro, invisible entre el pasto, e interceptarlo en su paso por un camino o algún paraje sin vegetación, por la serie de chillidos del octodon. Se encuentra con cierta frecuencia, albinos y ejemplares overos de este roedor. Su alimento principal son los pastos secos, especialmente la teatina, las semillas de los cardos y de los trevus. Pero no desprecia otros alimentos vegetales y, en la vejez, come carne, pues nunca hemos capturado con cebo de carne, ejemplares jóvenes.

Más interesante, porque es más difícil de encontrar, la especie nocturna de este género, el *O. Bridgesi*, que fué descrito en 1844 por Watherhouse sobre algunos ejemplares que le envió Bridges, de la región del río Teno cerca de Curicó y que casi 70 años más tarde, recién en 1911, he encontrado en un cerrito frente a mi casa en Quilpué, a pocos cientos de metros de mi residencia, después de haber colocado innumerables trampas durante más de una docena de años, de las cuales muchas en los parajes habitados por este roedor. Esto da un ejemplo de la gran dificultad que existe, de anotar el «habitat» de los mamíferos. En el caso actual, se trata de un animalito bastante inteligente para evitar las trampas comunes, y para el cual el cebo con carne que comúnmente es el más seguro, no tiene atractivo. Fué por casualidad que pillé el primer ejemplar, que se cazó al cruzar por accidente la trampa.

Colocando, después, trampas con frutas y verduras, conseguí más de una docena y en años posteriores localicé la especie en Papudo, las Hijuelas de Conchalí y otras partes. Había visto ejemplares que, en nuestro Museo Nacional, llevaban la etiqueta con inscripción errónea de *Octodon Bridgesi*, pero que no tenían ninguna diferencia con su primo el *O. degus*. Al cazar los primeros ejemplares de *O. Bridgesi*, tuve la suerte de pillar una pareja viva que pude observar en noches de plenilunio y me sorprendió bastante la voz de estos ratoncitos, que no tiene ningún parecido con la de la otra especie, sino que imita en un «pianissimo» sorprendente, el cacareo de una gallina que acaba de poner un huevo. Tales voces extrañas deben de causar a los campesinos que duermen por casualidad en los bosques, la impresión de una brujería.

EL ABROCOMA no solamente es pariente cercano de los OCTODON, sino que, con bastante frecuencia, habita en las mismas cuevas de una y otra de estas especies. Me refiero al *A. Bennettii* que frecuenta nuestras provincias centrales. Es el mayor de nuestros OCTODONTINOS y, como el *Octodon degus*, se le ve con frecuencia de día, habiéndose especializado en comer las hojas del trebu (*Trevoa trinervia*) que coge y come una por una, principiando con el extremo situado en el tallo.

Es muy fácil de amansar y puede vivir largo tiempo en jaulas, comiendo toda clase de verduras y, en la vejez, hasta carne. Por esto, auguro larga vida a un ejemplar que acabo de ver en el Jardín Zoológico.

Sería de desear que este Jardín consiguiera algún ejemplar viviente de la otra especie (*A. Curieri* no es sino un sinónimo de *A. Bennettii*), *A. Murrayi*, cuya existencia en las provincias del Norte conocía más de veinte años antes de poder obtener ejemplares vivos. El primero de estos me fué anunciado por un telegrama.

Su texto «Combinación jueves va ratón», debe haber dejado perplejos a los telegrafistas de Vallenar y Valparaíso, pero ningún obstáculo me habría impedido de encontrar en la noche de ese jueves de Mayo de 1916 en Calera al tren que me trajo el primer ejemplar completo de la especie, que confirmó mi suposición, basada nada



más que en un cuero que me había traído Mr. Walter Goodfellow de Vallenar el año 1912 y a pesar de la ausencia de cráneo, patas y cola me parecía por el pelaje, relacionado con el género *Abrocoma*.

Los precedentes pertenecen todos a la sub-familia OCTODONTINAE y, para completar la enumeración de nuestros *Octodóntidos*, sólo contamos con un género y especie chilena, que habita también la Argentina: el MYOCASTOR *coypus*.

Siguen en importancia, por la calidad de su cuero, a la chinchilla, y el valor del cuero de coipo sigue también en escala ascendente. He comprado en Valparaíso la docena de estos a \$ 12 y creo que aun menos y hoy día es excepcional encontrar uno sólo a menos de \$ 3 —El animalito es uno de los mayores roedores y todavía frecuenta la parte menos habitada de nuestros ríos y esteros, adonde vive en las partes de más espesa vegetación. Al caer de la noche, se oye su grito quejumbroso que recuerda el de un gato afligido. Un amigo mío, al que se preguntaba adonde había cazado algunos ejemplares de coipo que traía de Aculeo, dijo: «Los esperaba muy de madrugada y los cazaba en las ramas de los árboles».

Hicieron mal en dudar los oyentes, de la veracidad de este buen escocés porque, a pesar de tratarse de un animal acuático, con buenas membranas natatorias, era nada más que la verdad, la que contaba, sobre su método de caza. Los coipos en la madrugada salen del agua y traicionan su presencia en las ramas bajas de los sauces, a flor de agua, por los gritos a que me he referido. En el verano, el que tiene paciencia para observar, puede presenciar el singular espectáculo de un coipo hembra, que nada en la superficie del agua con su prole adherida a las mamas, cuya posición en el lomo de la madre, permite a los chicos respirar sin interrumpir su agradable tarea de almorzar o cenar a su gusto.

El coipo ha sido exhibido en Londres y sin duda en otras ciudades europeas, como un ejemplo de fenomenal desarrollo del ratón.

En conclusión, séame permitido una observación, talvez poco agradable, pero muy sincera. Estimo una gran lástima la falta de interés para la historia natural que

existe en nuestra juventud y que atribuye, no por cierto a los gustos de los niños, entre los cuales hallo en todas partes una marcada predilección para las observaciones que nos interesan en esta Sociedad, en cuya presencia tengo el honor de hablar por primera vez.

Creo no equivocarme en relacionar el poco interés que manifiestan hacia los animales de su tierra, con la falta de estímulo de parte de sus profesores y me permito expresar esta opinión, porque he notado que en ninguno de los textos de zoología que he visto aquí desde mi llegada a Chile hace 36 años, figuran *de preferencia*, los animales de esta tierra. Lo que es peor, en los pocos que contienen ejemplos de nuestros animales, a lo menos de los que pertenecen a la clase que más me interesa, la gran mayoría—en algunos la totalidad—de los nombres técnicos está equivocada y temo que lo mismo suceda en las demás clases y en la botánica. No es justo que nuestro niños aprendan clasificaciones y nombres anticuados y lo es menos en un país en que hay una Biblioteca modernísima como la del Profesor Don Carlos Porter, la cual debieron consultar los autores, en la seguridad que, en pocos minutos se les indicaría cómo pueden corregir los errores en que se incurre tan a menudo. Parece existir la creencia que «para los niños, cualquiera aproximación a la verdad es suficiente». Me parece que, para nuestros hijos, nada menos que lo más perfecto, es suficiente y que, en enseñarles lo mejor, sólo estamos cumpliendo un deber de patriotismo.

Quisiera, si mis consocios aprueban la idea, hacer indicación de que esta Sociedad se dirija al Ministerio de Instrucción, insinuando la conveniencia de que los textos de Historia Natural fueran revisados en cuanto a nomenclatura zoológica, por una comisión de especialistas de cada ramo. La forma en que esto pueda hacerse quedaría sometida al criterio del Consejo Directivo.

